

IV Domingo Adviento

Miqueas 5:1-4; Hebreos 10:5-10; Gálatas: 4, 4-7; Mateo 1, 18-24

«José, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús»

19 diciembre 2021 P. Carlos Padilla Esteban

«Espero a que me descanse su amor que aguarda a la puerta de mi alma a que le deje entrar. Sé que su nacimiento altera todas mis previsiones sacándome de mis costumbres tan arraigadas»

Belén se convierte en un Santuario en el que nace Jesús. Un lugar sagrado al que llega Cristo por manos de María, gracias a su fidelidad y su ternura. Surge la luz en la oscuridad de la noche. Vence la paz sobre los ruidos y los miedos. Brota una flor en el desierto, un poco de agua nace de una fuente seca. Se rompe la piedra que encerraba la vida. Y la esperanza se rebela contra la tristeza llenando el corazón de alegría. Los que estaban alejados se vuelven a acercar, los heridos sanan en el perdón, los que están llenos de odio se llenan de amor y sonríen, los que están solos se sienten acompañados. Me siento llamado a ser Belén en medio del mundo para dejar que Dios obre milagros. Que se vea que su poder se abre paso en medio de lo cotidiano, casi sin llamar la atención. Porque Jesús no es un espectáculo ni se convierte en noticia de la que hablan todos los medios. Por eso quizás un niño le decía a su abuela: *«Ese Jesús que nace no debe ser tan importante. En muchas casas no hay nacimientos. Los regalos no los trae Él. Y tampoco sale en las películas ni hablan de Él. No debe entonces ser tan importante como vosotros decís»*. Tan sigiloso como su nacimiento en Belén. No todos lo ven, ni lo oyen, ni lo sienten. No todos lo esperan, ni lo sueñan. No para todos es una noticia que los llena de gozo. Y entonces me quedo pensando en el lugar que le doy en mi vida a la Navidad, a ese Jesús Niño que viene a cambiarme las reglas de juego. Porque desde que nace ya nada es igual. Dios se hace uno de nosotros, un hombre débil, condenado a morir desde el inicio. Un hombre justo entre hombres injustos que se acerca a mi vida entregando un amor imposible. Y de nuevo quiero pensar en el lugar que ocupa ese Niño Dios en mi vida. ¿Me emociona esperar el nacimiento de un Niño Dios? La encarnación es lo más sagrado de mi fe, lo más grande. Y creo que yo lo paso por alto agobiado por las posadas, los regalos y las celebraciones festivas de este tiempo, felicitándoles a todo por una Navidad más, una más entre muchas. Me quiero centrar en ese Jesús que viene a mi vida hoy, en el silencio de la noche, sin que yo le dé su lugar, ni su importancia. Nace en mí para cambiarme, y yo espero ese milagro. Cuando suceda, cuando ocurra en mí, todo será posible. Sé que si nace dentro de mi alma será Navidad para mí, para los míos. Si tengo a Jesús dentro de mí en estos días está claro que donde yo esté, sucederá Belén con toda la magia de esa noche santa. Mi vida está llamada a convertir en tierra sagrada los lugares que habito. En santas las cosas que toco. En llenas de vida las personas con las que comparto el camino. En alegría la tristeza que duele. Quisiera que cada vez que visito otros corazones, lo haga como María, llevando la paz y la alegría. Parece fácil pero no es tan sencillo. María cambió muchas vidas con su amor, con su ternura. Como dice el Papa Francisco de María: *«Es capaz también de hacer saltar un chico en el seno de su madre como escuchamos en el Evangelio. Ella es capaz de darnos la alegría de Jesús. María es fundamentalmente Madre. Bueno sí, Madre es poca cosa, no, María es Reina, es Señora. No. Pará: María es Madre. ¿Por qué? Porque te trajo a Jesús»*. María es Madre de Jesús y Madre mía. Y me entrega la alegría de un Niño indefenso. Es lo que quiero entregar yo a los que estén conmigo, un amor sin defensas, un amor humilde, sin poder, sin pretensiones. Que nadie dude de lo importante que es Jesús. Quiero llevar su amor dentro del alma y así daré su vida, no la mía. Y lo pondré a Él en el centro, no mis talentos. Es su poder el que lo cambia todo, no el mío. María cambia el establo porque trae a Jesús. Y también lo cambia porque lleva en su interior una montaña de ternura para entregar a todos los que vengan a postrarse delante de la cuna del Niño. Me gusta mucho esa expresión. Una montaña de cariño, de cercanía, de abrazos. El tiempo de Adviento y Navidad es una invitación a la ternura, a un amor cálido, a un

abrazo eterno. Sé que podré cambiar muchos establos gracias a la ternura que llevo dentro. A la ternura de María que transforma el mundo con mis manos. Puedo hacer brotar una sonrisa escondida en la amargura gracias a mi ternura. Puedo despertar la luz en medio de la desesperanza. La ternura es fuente de vida para mí y para muchos. Mi forma de tratar a las personas las enaltece, las eleva. Me arrodillo ante Dios en los hombres. Por mi ternura sucede la Navidad. **En mis gestos de amor, en mi misericordia nace Jesús y se le prepara a Dios un Belén vivo en la tierra.**

Es Navidad en las calles, en las casas, en mi alma. Se acerca ya el día en el que viene Jesús y mi alma anhela su venida. Le pido a Dios milagros en mi vida, busco lo extraordinario, como si lo necesitara para creer. Sé que a veces sucede lo inesperado, lo soñado. Lo normal es que no, que sólo ocurra lo habitual, lo normal, lo razonable, lo lógico. Son milagros silenciosos, pequeños. Yo sigo a lo mío y me levanto cada mañana dispuesto a componer un nuevo día. Pero no siempre acierto en mis decisiones y mis pasos no siempre son claros, más bien son confusos. Y me irrito, o me vuelvo inconformista, deseando que la vida sea a mi manera. Me equivoco si no aprendo a ser feliz con lo que soy, con lo que tengo, con lo que vivo. El alma quejumbrosa será siempre infeliz. No lo deseo, no lo quiero. Sé que tengo que perdonar para limpiar el rencor y el resentimiento. Me lo dice el cuerpo cuando se queja enfermo. Sé que el perdón me hará bien cuando se me regala, sana mi alma intransigente y triste. Cuando perdono logro que el rencor quede muy lejos y de repente siento por dentro una herida escondida que duele menos. Pero lo intento y no lo consigo, me vence el resentimiento y no soy feliz. Mis deseos no tienen suficiente fuerza, son sólo buenas intenciones. También me digo a mí mismo que voy a tener más ternura en mi trato con los que quiero. Lo necesito, me hará bien a mí y también a ellos. El amor expresado en gestos cálidos ayuda, anima y levanta. Pero luego me pongo a ello y me muestro hosco, es mi timidez, me tachan de distante. No digo un te quiero, no doy un abrazo. Me dispongo a romper la distancia que me separa de los que están lejos, de los que no me hablan, de los que no veo. Pero luego la vida va muy rápido y se me escapa el tiempo solventando urgencias sin llegar a hacer lo que deseo. Me digo que voy a querer más y mejor a los que van conmigo. Dejando mis hábitos cansinos, mis críticas constantes, mis estados de humor cambiantes. Y luego, metido en la vida, olvido mis buenas intenciones y pecho de lo mismo, la misma forma de hacer las cosas, la misma debilidad manifiesta. Entre el deseo y su realización hay un buen trecho. Digo querer algo y luego no lo hago. No consigo hacer lo que me propongo. Me faltan las fuerzas, o ese tiempo que es tan escaso, me faltan horas. Quiero vivir alegre en medio de las preocupaciones y mi rostro me traiciona, se vuelve gris, con arrugas de ensimismamiento y turbación. Sueño con una paz que venza mis guerras, y luego me ofusco en luchas eternas que nunca se acaban. Me dicen que en Navidad hay que vivir de forma diferente y yo me lo propongo, pero estoy muy lejos de conseguirlo. ¿Cómo se corta la tendencia que siguen mis pasos en carrera hacia la tristeza? ¿Cómo detengo el devenir de las olas antes de que rompan contra la roca? Parece todo tan fácil sobre el papel, la teoría siempre funciona. Pero la vida es algo más grande, más difícil de controlar, más imprevisible, más compleja. Quiero que sea Navidad en mi vida, en mi corazón y que la nieve de la presencia de Dios cubra todas mis deficiencias. Quiero que un Niño Dios al nacer llene de ternura mis amores, cubra de paciencia mis tensiones, libere mis egoísmos para que se imponga la generosidad y logre así Dios que venza su amor en todas mis insatisfacciones. ¡Qué fácil sería todo si me dejara hacer por María, para ser Belén, tierra nueva de un Niño Dios que lo cambia todo! Me gustan las Palabras de Juan Pablo II sobre ese amor que sueño: *«El amor me lo ha explicado todo, el amor me lo ha resuelto todo, por eso admiro el amor donde quiera que se encuentre. Si el amor es tan grande como sencillo, si el anhelo más simple se puede encontrar en la nostalgia, entonces puedo entender porque Dios quiere ser recibido por gente sencilla, por esos cuyos corazones son puros y no encuentran palabras para expresar su amor. Dios ha venido hasta aquí y se ha parado a poca distancia de la nada, muy cerca de nuestros ojos. Quizá la vida es una ola de sorpresas, una ola más alta que la muerte. No tengáis miedo jamás»*. Tal vez por todo ello decido no tenerle miedo a ese amor que me desestabiliza y me impulsa a ser mejor persona. Ese amor que viene en forma de encuentros que no esperaba, de sorpresas con las que no contaba. Me pongo en medio del camino de este adviento que se acaba esperando aún sorpresas. Abro los brazos soñando abrazos que tal vez no sucedan. Y sé que mis oídos no pueden taponarse con gritos que me impidan oír la única voz que me cambia de verdad

por dentro. No leo basura que me llena de inquietud. No veo esas imágenes que me ensucian por dentro. No oigo mis gritos interiores que intentan terminar con la paz que llevo dentro. En estos días antes de Navidad permanezco callado, esperando a que me hable Dios. Aguardo quieto a que venga a mi encuentro ese Niño que quiere llenar mis sueños. Espero sin miedo a que me descance su amor imposible que aguarda a la puerta de mi alma a que le deje entrar. Sé que su nacimiento altera todas mis previsiones sacándome de mis costumbres tan arraigadas. El asombro de su venida viene a trastocar mis planes. Creer en Jesús me confunde porque exige un salto de fe tras otro. No tengo fuerzas para cambiar lo que deseo, pero sé que Dios puede hacerlo posible. **Sólo Él puede, haciéndose carne de mi carne y poniéndose a caminar a la altura de mis ojos.**

La familia es un don que el corazón encuentra. Los lazos de sangre entre los que crece y madura. Valoro la familia que he tenido, la que tengo. Sé que es un don sagrado. Pero luego llega Navidad y no todo es tan perfecto. Leía el otro día lo que alguien decía: *«No voy a ir a cenar con mi familia esta Navidad. Mucho tendrían que cambiar las cosas»*. Las relaciones se enturbian con el paso de los años. Mi culpa, la de los otros, no llevo la cuenta. Surgen las heridas conscientes o inconscientes. Guardo palabras, silencios, gestos y omisiones. Los guardo sin querer retenerlos, pero no los olvido. Y al Acercarse la Navidad mi alma tiembla. ¿Quién está realmente cerca de mi corazón? ¿Qué personas guardo dentro de mí? Me duele la vida. Me gustaría cambiar tanto que no me afectaran las cosas que escucho, las que me han hecho, las que no me han entregado. Me dicen que en Navidad todo son sonrisas y abrazos, celebraciones y aplausos, besos y caricias, palabras sentidas y silencios de aprecio que me integran. Pero luego no es todo verdad. La Navidad no me llega dentro del alma. Sufro al pensar que voy a pasar mi Navidad con personas que a lo mejor no forman parte de mi día a día. ¿Es eso así? Vínculos que se han enfriado con la distancia interior, no tanto con la lejanía física. Es más mi corazón el que se aleja, mucho antes que el cuerpo. ¿Con qué personas me siento realmente en casa? Con ellos me gustaría pasar la Navidad. Con mi familia de vínculos hondos y verdaderos. A veces no coincide con los de sangre. ¿Qué puedo hacer para que mejore? No lo sé. Siento la impotencia después de los años. ¿Cómo se puede perdonar olvidando de verdad sin guardar rencor ni resentimiento? No parece tan sencillo. El corazón se endurece con los juicios, con el rechazo vivido, con las tensiones sufridas. Me gustaría que cambiara algo dentro de mí para hacerlo todo más fácil. No sé trabajar bien mis emociones. Soy un niño en el plano de las relaciones. No tengo la madurez que se espera de mí. Quisiera cambiar y no lo logro tan fácilmente. ¿Cómo se toma distancia de los propios sentimientos de ira, odio, enojo, rabia? ¿Cómo se elimina la tristeza cuando se ha pegado con fuerza a la piel del alma? Porque el alma tiene piel, y hondura. Y dentro guardo todo lo que me va pasando. El otro día leía: *«El tragarse constantemente los sentimientos negativos provoca que se extiendan por el universo interior, y usurpen la propia capacidad de relacionarse en el sentido de un auténtico y positivo amor. Pasa gradualmente de ser ira explosiva y caliente a crecer en frialdad, situándose en lo más profundo del corazón. Y a largo plazo el resentimiento se convierte en una forma de ser»*¹. Me puedo convertir en un resentido con el paso del tiempo. Mi sentido de humor se vuelve ácido, irónico, mordaz. Nada me parece bien de forma absoluta. No hablo bien de nadie, siempre encuentro algún defecto, alguna tara, algún problema. Juzgo y condeno todo lo que sucede a mi alrededor. Yo lo haría todo mejor si me dejaran, si confiaran en mí. Pero como no lo hacen nada funciona bien, como yo quisiera. A todo le encuentro su defecto de origen. Mis emociones bullen en mi interior y las reprimo. Bajo la capa aparente de un fino trato, delicado, doy la impresión de ser muy libre y parece que tengo un sano autodomínio. Parezco sabio y maduro. Pero yo conozco la verdad, menos mal que Dios me ha dado una mirada aguda para ver mis propios disfraces, mis propias debilidades. Estoy hecho de carne y noto el dolor de las heridas. Pero me niego a vivir esclavo de mis sentimientos. Llega Navidad y decido que quiero cambiar. Le entrego a Dios mis emociones guardadas. Y le pido que transforme lo que veo, ese mar revuelto con el que navego cada día, en un lago ancho y cálido sin olas ni contratiempos. ¿Lo podrá hacer posible? No creo tanto en lo extraordinario, más bien en esos milagros cotidianos que suceden en mi vida. Esos espacios sagrados en los que me encuentro con mi verdad y puedo dejar mi alma inquieta en la paz de Dios.

¹ Henri J. M. Nouwen, *Esta noche en casa. Más reflexiones sobre la parábola del hijo pródigo*

No le doy tanta importancia a lo que ahora siento. Dejo a un lado mi rabia, mi envidia, mi dolor. Los tengo, no los niego. No pretendo vivir sin sentimientos, son parte de mí. Pero no quiero que ellos decidan quién soy yo. No dejo que me lleven por caminos de amargura que me harán ser un resentido con el mundo, con la vida. Navidad me recuerda que puedo crecer, madurar, cambiar. No estoy condenado a comportarme siempre de la misma manera. No estoy obligado a vivir anclado en mi tristeza pudiendo amanecer a un día lleno de esperanza. Jesús me recuerda que no tengo que ser una persona madura y perfecta. Que no tengo que hacerlo todo bien, es a mí a quien me gustaría no cometer ningún error en esta vida. Puedo sentir, incluso vivir con sentimientos feos, no importa. Pero esos sentimientos no pueden ser los que manden en mí. Me sobrepongo y me levanto. Y le pido a Dios una mirada positiva y alegre sobre los demás. Veo en ellos su luz, dejo a un lado las sombras. Y le pido el milagro de sentir con toda el alma, sin dejarme llevar por cañadas oscuras. Dios conoce mis entrañas, Él me ha creado. Soy humano, muy débil y enfermo. **Pero el amor de Dios al nacer puede cambiarme por dentro si dejo que rompa la piel del alma que el dolor ha endurecido.**

Tengo claro que mi misión consiste en llevar alegría y esperanza al mundo. Jesús me envía sin que yo haga nada. Soy misionero. No necesito ser muy capaz, o tener muchos talentos para merecer su llamada. No es cuestión de merecimientos, Dios llama a quien quiere. Capacita a los incapacitados. Eso me consuela. Simplemente levanta su voz por encima de los vientos y yo la escucho cuando logro calmar los ruidos del alma. Muchas veces le digo que no a Dios, porque tengo miedo, o me duele el cansancio, o el egoísmo se me pega con fuerza a la piel. Y pronuncio mi negativa reteniendo el viento a golpe de voces. Respondo que no sosteniendo los miedos entre mis brazos para que no me dominen. Grito mi no, cortando de raíz mi deseo de dar la vida. Y me siento así aparentemente libre, tan lejos de sus voces, de sus leves deseos, de sus sueños imposible. Me parapeto seguro detrás de mi no labrado en roca, parece tan firme. Ese no tan duro me hace sentir indestructible, invulnerable, Dios no puede alcanzarme. Retengo mis ansias de vivir y condeno a muerte mi deseo de generosidad. Me guardo para no perderme mientras mato mis prisas por entregar la vida. Pronuncio mi no con fuerza, porque no quiero ir allí donde no deseo. Mis razones tendré para no partir raudo en busca de un final imprevisible, allí mismo donde Dios parece llamarme. Y súbitamente, cuando menos lo espero, mi no se convierte en un sí. Sucede de repente, sin pretenderlo. No sé cómo lo hace Dios conmigo, pero consigue romper la roca. Torna mis violentas decisiones y logra cambiarlas con su suave violencia. Decido que sí casi sin quererlo y acabo rompiendo las expectativas propias y las ajenas. Venzo mis resistencias y dejo que pase Dios a través de una rendija, de una puerta abierta, del hueco que dejan sus manos al empujar suavemente, sin ejercer violencia. Y digo que sí con mis gestos, con mis silencios, con mis palabras calladas, apenas audibles. Y digo que sí al amanecer, gritándolo a la aurora que ilumina mis primeros pasos, o al atardecer, frente al sol en llamas. Y digo que sí sonriendo, aunque me va a costar la vida seguir sus pasos, pero aún así sonrío. Y me da miedo fallarle a Dios cuando he gritado que sí, que lo amo y he escrito canciones en las que lo entregaba todo sin guardarme nada. No quiero que luego cambien mis planes después de haber hecho tantas declaraciones de amor. No quiero que un día mi sí se vuelva no, presa de mis miedos, de mis inseguridades y debilidades. No quiero que mis deseos de amar se conviertan en desgana, en frialdad, en rutina. Y mi deseo de llegar hasta el final se deshaga entre mis dedos, como la nieve al tocar el calor del alma. No quiero que mi sí sea tan frágil como una veleta, que ahora apunta en una dirección y mañana en otra. No quiero que mi sí valiente de un día se llene de cobardía súbitamente. Mi sí blanco, se vuelva opaco. Mi sí lleno de luz, se transforme en noche. Mi sí valiente se vuelva pusilánime. Levanto mi alma al amanecer con el sí prendido en el cuerpo. Lo hago lleno de valor y de alegría porque Dios me llama a seguir sus pasos, a ser su alegría y motivo de esperanza para los que caminen a mi lado. Mi misión es tan pequeña. Como una gota de agua perdida en el océano, o un grano de arena caído en el desierto. Es sólo una ráfaga de viento en una tarde tormentosa. Un aporte insignificante, pero único. Mi sí hará posible tan solo lo que yo puedo dar, nadie daría lo mismo, aunque me supliera en mi mismo lugar y en el mismo instante. Sería distinto. Me gusta mi sí que se concreta en gestos o simplemente en saber estar, callado y quieto, en silencio, acompañando la vida que comparto, de los que sufren, de los que lloran, de los que están solos, de los que han fallado, de los que no se sienten parte de nada, de los abandonados,

de los heridos. Me gusta mi misión tan pobre y pequeña. Me gusta saberme enviado cada mañana al despuntar la aurora. No salvaré el mundo, lo sé, no lo he intentado. Tampoco me salvaré a mí mismo, vana ilusión. No tengo yo la fuerza para salvar nada, para rescatar a nadie. Es Dios quien salva y llena el corazón de luz y de vida. Yo sólo pronuncio mi sí, tras muchos noes grabados en mi historia. Digo que sí, aunque me tiemble la voz, y se asuste mi alma. Aunque no sepa qué hacer, qué decir, qué proponer, no importa. Me siento tan pequeño como hoy escucho que era Belén, que acogió el nacimiento del Mesías: «Mas tú, Belén Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel, y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño». No hay orgullo en mi voz al escuchar su llamada. No me siento bendito, sí agradecido. Me asusta perderme y vivir sin un sentido, sin una misión concreta, sin un lugar donde entregar la vida. Me da miedo dejar preguntas sin respuesta, siendo esto lo más corriente. Me da miedo la soledad que habito, cuando no noto su mano. Sé que quiero creer. Sencillamente asirme de su brazo para caminar seguro. Vale tanto el tiempo que acarició con mis manos torpes. Siento que no es nada lo que poseo. Nada es mío. Todo me lo da Dios para que viva tranquilo. Espero callado a que suenen las campanas dentro del alma llamándome a ponerme en camino. Son campanas como velas que consume el fuego en el adviento. Un viento roto contra la roca ajada. La paz brota de mi alma buscando caminos, asumiendo la misión, soy misionero. Sueño. Siento. Espero. Aguardo a que mi presente se tiña del color esperado. Llevo dentro de mí el nombre escrito. El que Dios pronuncia. Mi nombre soñado. No dejo pasar la vida. Soy un náufrago valiente despierto en medio de la noche. Albergó la esperanza de ser feliz cada día y lo consigo a menudo. Camino despacio para llegar a la meta. No pretendo llegar el primero, sino sólo cuando pueda. Sé que Dios tejera mas sueños dentro de mi piel tan dura. **Lo hará con paciencia, llamándome, soy misionero.**

Me gusta en el adviento contemplar a José. Supo que María estaba encinta y había decidido repudiarla en secreto. Era un hombre justo, bueno, cabal. Un hombre lleno de Dios, de Espíritu Santo: «María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto». Siempre he admirado esta decisión de José. Decide repudiar en secreto a María para no hacerle daño. Para no provocar su muerte, su descrédito. Decide renunciar a lo que amaba por amor. En la vida no estoy dispuesto a renunciar a nada. No quiero perder lo que poseo, dejar de sostener lo que retengo. Me niego a perder lo que he conquistado, lo que amo, lo que me hace bien. No quiero renunciar a lo valioso porque siempre duele. Y cuando me toca hacerlo, cuando no tengo más remedio, publico por todas partes lo que he hecho. Para que el mundo me admire, para que sientan que soy maravilloso. Renuncio porque no puedo no hacerlo, pero no guardo silencio, no sufro callado la pérdida. Que el mundo lo sepa. Y si alguien es responsable de mi pérdida, que se enteren. Pero José ama mucho a María. Esta decisión tomada sin escuchar la voz del Ángel es la que más valoro en José. Un hombre de Dios que busca ser justo. No es fácil encontrar personas justas que quieren el bien de los demás antes que el propio. Que se ponen en un segundo plano sin querer llamar la atención. Que se dan por entero sin pedir nada a cambio. A José se le conoce como el justo. Comenta el P. Kentenich: «El apóstol Pablo dijo, para expresar lo mismo: - Mi justo vive de la fe. No sólo tiene fe, sino que vive de esa fe como el pez vive del agua. Ahora no descanso hasta haber captado a Dios en todas las cosas de la vida cotidiana. En esto y aquello me sale al encuentro Dios, y yo lo adoro en todas partes. Seguir estando del lado de Dios a pesar de esta oscuridad, de estas dificultades, es heroísmo»². El justo vive de la fe. José vive de la fe en ese Dios que conduce su vida. La fe en el amor de Dios que lo llevará donde Él quiera. Y José se somete obediente porque la fe en su amor sostiene sus pasos. Vive de la fe en Dios. Sus actos son movidos por la fe en Dios, en su amor. Cree en un Dios bondadoso que guía sus pasos. José no se desanima porque intuye que está haciendo lo que Dios quiere. Renuncia a María por amor, pero lo hace con amor, con delicadeza, lleno de ternura, sin hacerle daño. Me impresiona su gesto oculto en medio de la noche. ¿Qué cosas hago yo por amor? ¿En qué situaciones estoy dispuesto a renunciar, a salir perdiendo en el intercambio? Me duele porque me veo difamado u ofendido. ¿Cómo hago para seguir adelante sin dejar de hacer el bien aunque yo sufra? El deseo de

² J. Kentenich, *Lunes por la tarde*, Tomo 2: *Caminar con Dios a lo largo del día*

venganza, la rabia, la ira o el resentimiento pueden nublar mi ánimo e impedir que siga amando. Me cuesta perder injustamente en cualquier batalla. José sí que pierde en esta batalla. Sale derrotado de forma impune. Se inmola sin recibir nada a cambio. Se queda sin María, solo, sin hacerle daño. Renuncia y sufre por amor a ella. Es tan noble José, es tan puro. Me gustaría ser así. Pensar en el otro antes que en mí. Amar renunciando, aunque duela. Mi amor es muy egoísta. No dejo de hacer el bien, pero antes pienso en mí, en lo que me conviene a mí y luego me pongo a servir, a ayudar, a dar la vida. Pero primero voy yo con mis intereses, con mis deseos, con mis planes. Luego el resto con los suyos. Pero cambiar el sentido de mis pasos por amor es muy grande. José no entiende pero ama. el amor verdadero es así. Me veo tan lejos. Saber callarme, saber esperar, saber amar mirando, contemplando, aguardando, respetando. El amor más grande es el que es capaz de dar la vida. José lo había hecho esa noche, en silencio. Había aceptado su renuncia como un sacrificio inmenso. Había ofrecido su dolor, su angustia, su soledad. y a cambio no había obtenido nada. Había respetado a María sin desear su mal. Pero no comprendía nada. José es tan puro que no sabe hacer el mal. María no podía pecar, no estaba rota por dentro, fue concebida sin pecado original. José sí podía pecar, sí estaba roto. Pero esa noche me demuestra lo grande que puede llegar a ser el amor humano. El amor herido. Ese amor roto que ama hasta el extremo. Me gusta ese amor de José entregando su vida, negándose a sí mismo. **Me conmueve su amor tan hondo y verdadero.**

José tuvo un sueño. En medio de la noche, a la luz de las estrellas. Un sueño que cambió su vida. un Ángel que se acercó a vivir a su lado. y le susurró al oído lo que él desconocía. Bastaron unas palabras, una certeza, y todo cambió en su vida. Así lo escucho hoy: *«Se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: - José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados»*. Las palabras son claras. Dios le pide que no tenga reparo, que no tenga miedo, ni ponga excusas para no seguir con María. El Ángel rompe los prejuicios de José. Acaba con sus reticencias, pone freno a sus miedos. Me gusta la mirada de José porque cree, deja las dudas a un lado: *«Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer»*. José no duda. Lo había perdido todo y lo recupera de golpe. Se había quedado solo y ahora podrá caminar siempre junto a María. Los caminos de Dios no son mis caminos. José tal vez no lo entienda todo, pero no entorpece el camino confuso de sus pasos a partir de ese día. Pronuncia su sí con alegría: *«En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “fiat”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní»*³. José une su Fiat al de María y al sí de Jesús años más tarde en un huerto en tinieblas. José no comprende todo, porque creer es más que entender aquello a lo que asiento. Como decía el Papa Francisco: *«A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia. Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia»*⁴. Necesito pedirle a Jesús que aumente mi fe. Quiero controlarlo todo y no confío. Mi fe es muy frágil y débil. Quiero creer más. Una canción del grupo musical Hakuna lo expresa con claridad: *«Creo, sencillamente, quiero disfrutar de la serenidad del creer. Desligar el creer del sentir. Creo, mi Dios y basta, te creo en tus misterios sin entenderlos, te creo en mí y en el pan blanco. En el prójimo y en la creación. Sin verte en ningún lado. Creo, Señor, sencillamente porque creer es confiar y cómo me gusta creerte sintiendo dudas. Creo, sencillamente. Digo que eres amor. Escucho que soy tu amado. No siento y qué más da. Te quiero y eso basta. Amo, Señor, sencillamente. Porque amar es entregarse. Y cómo me gusta amarte estando frío. Espero en tu palabra. Vivo en tu promesa. Gozo en ti. Lo que aún me falta. Espero Señor, sencillamente. Porque esperar es descansar. Y cómo me gusta esperarte sintiendo miedo»*. Es la fe de José la que yo quiero. Él cree contra lo que le dice su corazón. Ya había decidido lo difícil. Creer ahora resulta más sencillo. Basta abandonarse en las manos de Aquel que lo llama. José ama a Dios con toda su alma. ¿Cómo se puede creer en lo que supera mis certezas y sentimientos? La promesa se hará realidad: *«Mirad: - la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel que significa “Dios-con-nosotros”*». Dios se queda con nosotros, se queda conmigo. En mi

³ Papa Francisco, *Carta apostólica S. José, Patris Corde*

⁴ Papa Francisco, *Carta apostólica S. José, Patris Corde*

carne, en la carne que es como la mía. Quiero creer más allá de los hechos que parecen irrefutables. Una Virgen encinta. Una niña dispuesta a dar su sí a Dios. Un hombre sencillo sobrepasado por las circunstancias. Una mirada pura que no se detiene ante las preguntas lógicas que despiertan dudas. ¿Cómo se entierran todos los miedos, todas las dudas? ¿Dónde se deja tirado el dolor? ¿Cómo se reemplaza la ausencia y se llena el vacío? ¿Cómo se construyen murallas para proteger la herida? José representa mi mirada que busca razones y toma decisiones desde el propio dolor. La confianza de ese niño hombre que se lleva a María a su casa me desborda. **Yo no soy así pero quiero serlo.**